

dé un progreso seguro y continuo, presta á los Gobiernos la autoridad verdadera, é inspira á los pueblos el sentimiento y el deseo de la verdadera libertad. Por él, y solo por él, reyes y pueblos podrán comprenderse y se tenderán la mano; y de este modo se realizará por grados, suavemente, pero con firmeza, la verdadera emancipacion de la humanidad, si los hombres no se separan de los caminos de Dios, que es lo que constituye la verdadera emancipacion.

## CUARTA CONFERENCIA.

*El dogma cristiano es el principio de la verdadera libertad política.*

MONSEÑOR :

SEÑORES :

En nuestra última conferencia hemos tratado de probar dos cosas : primero, que la Iglesia católica es la verdadera institucion de la libertad en el mundo ; segundo, que el espíritu de la Iglesia es idéntico al espíritu de la libertad. Hemos probado el primer extremo, demostrando que el poder espiritual, absorbido por el temporal hasta la aparicion del Evangelio, ha sido fundado y realizado por la Iglesia de una manera independiente. La Iglesia ha dicho al mundo : He recibido un poder que no procede de la tierra y que se extiende sobre todas las almas criadas por Dios y rescatadas por Jesucristo. El alma, hecha por Dios á su imagen y semejanza, no procede sino de Dios, y solo á Dios debe de obedecer : de manera que donde quiera que el hombre se encuentre, cualquiera que sea su posicion sobre la tierra, tiene una independencia inajenable, la independencia de su alma de todo aquello que no sea Dios. De aquí la emancipacion del alma humana en la familia y en el Estado. En el matrimonio, la mujer cristiana puede entregarlo todo, excepto el alma. Tampoco pertenece á los padres el alma del niño, que está en manos de ellos como un depósito, y no como una propiedad. El hombre puede hallarse esclavizado en su cuerpo, pero jamás en su alma. Finalmente, el ciudadano no debe su obediencia al César, sino á condicion de dar primero á Dios lo que es de Dios.

Tambien hemos probado el segundo punto, demostrándoos que el espíritu de la Iglesia y el espíritu de la libertad tienen la misma tendencia, á saber : enseñar al hombre á gobernarse por sí mismo, por medio de su conciencia y de su razon así en la vida pública como en la privada ; así respecto de las cosas terrestres como

de las de la vida eterna; que los dos emplean el mismo instrumento, la palabra, y el mismo procedimiento, la persuasión: por último, que se proponen el mismo objeto, cual es ganar las almas con la luz y el amor, única manera de ganarlas.

Ahora vamos á demostraros que la doctrina de la Iglesia católica es esencialmente favorable á la libertad. Su doctrina es dogmática y moral: por hoy nos limitaremos á considerar el dogma. En este punto, señores, reclamo toda vuestra atención, por ser arduo y muy elevado el asunto, y no ser empresa fácil hablar científicamente de verdades sobrenaturales que salen de los límites de la razón. Igualmente necesito que redobleis vuestra benevolencia, y os pido que suplais con vuestra inteligencia y reparéis con vuestra fe las faltas é inexactitudes que respecto de tan grave materia deben acompañar á un discurso improvisado. Sea de esto lo que se quiera, yo por mi parte retiro de antemano cualquiera expresión poco exacta.

Los dogmas son verdades reveladas, definidas por la Iglesia, y propuestas por ella á nuestra fe. Ahora bien, yo sostengo que el dogma cristiano, tal como la Iglesia católica lo ha formulado y propuesto á la fe de los hombres, es esencialmente favorable á la libertad. Voy mas léjos todavía: afirmo que es la fuente y origen de la libertad moderna. Acaso, señores, os sorprenderéis á primera vista de este aserto, pues no es muy comun hacer descender el dogma á semejantes aplicaciones. Sin embargo, esto no está prohibido; y si estableciendo el dogma en todo su rigor y en toda su verdad, sin alterarlo de ninguna manera en su espíritu ni en su forma, nos es dado ahondar con la inteligencia en esta profundísima mina, y hacer brotar de ella una fuente de luz, de seguro, señores, que nadie nos lo reprenderá, y á vosotros mismos os será grato.

El dogma nos enseña dos especies de verdades: unas que sobrepujan á la razón, y que el hombre no hubiera conocido jamás sin la palabra revelada; y otras que la razón puede conocer, y que adquieren mayor claridad y certeza, cuando á la luz natural del espíritu del hombre se agrega la luz sobrenatural del espíritu de Dios. Tal sucede, señores, en todo lo que concierne á la naturaleza de Dios y á la del hombre. El dogma católico nos enseña acerca de Dios verdades que la razón no puede alcanzar; pero tambien nos enseña otras que pueden entrar en su dominio, pero la fe nos las presenta mas completas, mas luminosas y mas sólidas:

das: es decir, que el dogma añade la certidumbre de la fe á lo que la razón puede obtener por sus propios medios.

La razón por sí sola nada sabe de la naturaleza de Dios. He dicho de la naturaleza, porque la razón puede elevarse al conocimiento de su existencia por medio de procedimientos racionales, que suben del efecto á la causa, ó de la consecuencia al principio. Solo el dogma cristiano nos da á conocer á Dios en sí, en su ser, en su esencia, *ad intra*, como dicen los teólogos: él nos ha revelado la primera de todas las verdades, verdad que hoy dia nos parece ya muy sencilla á nosotros educados cristianamente, medidos en los brazos de la Iglesia, amamantados con su leche, y aleccionados en su lengua maternal y celeste desde que fuimos bautizados. Sin embargo, esta verdad tan sencilla, fuente de todas las otras, se ha ocultado á todas las religiones y á todas las filosofías de la antigüedad pagana. Dios es *Aquel que es*, el Ser por excelencia, el Ser universal, y como Ser universal es un puro espíritu, sin cuerpo, sin mezcla de materia. Si Dios es puro espíritu, es puramente inteligente; porque la propiedad principal del espíritu es ver, saber y conocer: si es inteligente, es libre; porque no se puede concebir la inteligencia sin la libertad, siendo propio de la inteligencia y de la razón determinarse por un movimiento propio sin coacción ni necesidad. Si Dios es el Ser universal, es un espíritu puro é infinito, una inteligencia sin límites que lo ve todo y todo lo sabe, y que es soberanamente independiente: por lo mismo es la suprema libertad, por cuanto no existiendo persona alguna sobre de él, y no procediendo de ningún otro poder, ni teniendo límites en nada, posee en sí y en su voluntad la razón única de sus actos, la fuente de su poder y de su vida.

A este primer dogma, que establece de una manera tan clara la naturaleza espiritual de Dios, añade la Iglesia otro, que explica esta naturaleza en su esencia mas íntima, y nos hace penetrar en el fuero interno de la vida divina. Tal sucede con el misterio de la santísima Trinidad. No temo decir, señores, que este misterio, que ha sido en todo tiempo la piedra de escándalo de la razón natural, es una consecuencia necesaria de la misma naturaleza de Dios y del primer dogma que nos ha sido revelado. Digo tambien que es imposible concebir á Dios, al Ser universal, al espíritu infinitamente inteligente y soberanamente libre, sin concebirle tal como la Iglesia lo propone á nuestra fe y á nuestro amor en el adorable misterio de la Trinidad.

En efecto, señores, antes de la creación vivía Dios únicamente en sí mismo, bastándose á sí propio y sin necesitar de nadie ni para su conservación ni para su gloria. Vivía únicamente en presencia de sí, en su propia conciencia, conociéndose, y siendo á la par en el acto de conocerse el objeto y el sujeto de su conocimiento: el sujeto, en cuanto á inteligencia infinita; objeto, en cuanto á Ser universal ó infinita verdad. Al conocerse, se ama necesariamente, porque es el bien supremo, objeto del supremo amor, siendo también en su voluntad sujeto y objeto; sujeto amante y objeto amado, idénticos en su esencia y sin embargo distintos en su relación. No pudiendo concebirse un ser inteligente sin el ejercicio de la conciencia y caracterizando el acto de la conciencia á la personalidad, resulta que todo espíritu es un ser personal, y por lo mismo que Dios es por su naturaleza necesariamente un ser personal. Luego, como tal, tiene conciencia de sí mismo y vive *ad intra*, en su conciencia, es decir, que se ve, se conoce y se ama con una visión, un conocimiento y un amor infinito: él necesariamente se manifiesta en su conciencia subjetiva y objetivamente, en su propia imagen, y se contempla y se ama en esta imagen de sí mismo, *la figura de su sustancia (figura substantiae ejus, Hebr. 1, 3)*, de manera que no se le puede concebir como espíritu, como inteligencia ni como voluntad libre, sin concebir al propio tiempo tres términos, el sujeto, el objeto y su relación sustancial, llamados por el lenguaje exacto de la Iglesia tres personas idénticas por la sustancia y distintas por su relación. De esta suerte, el misterio de la santa Trinidad es la fórmula sublime de la conciencia divina, la expresión de la vida misma de Dios en su relación consigo mismo, la expresión del modo vital del Ser universal, del Dios vivo, y por consiguiente la ley suprema en todos los grados y con diversas formas de cuanto tiene conciencia y vida en el universo.

Pero no es esto todo, señores. El dogma católico, que nos revela lo que Dios es en sí, *ad intra*, á saber, un espíritu universal, una libertad soberana que en la conciencia de sí mismo es uno y trino á la par, también nos ha enseñado lo que es fuera de sí en su manifestación *ad extra*, es decir, en la creación. La palabra sagrada nos enseña que ha creado el cielo y la tierra sacándolos de la nada. Y como el acto creador es soberanamente independiente, en esto es en lo que semejante acto se distingue de cualquiera otro; sin necesitar de nadie ni de cosa alguna. Él hace que sea lo que no

era antes; dice, y las cosas existen: *divit et facta sunt... fiat lux et facta est*. Esta verdadera idea de la creación, que hoy nos es familiar porque la Iglesia nos la enseña desde la edad más tierna, y porque como hijos de Dios hemos aprendido á leer con las palabras y los misterios del cielo, sabedlo bien, no era conocida ni aun sospechada siquiera por los más grandes filósofos de la antigüedad, y por lo mismo inventaron ellos tantos errores sobre Dios, el mundo y el hombre. También debéis saber, que sin una idea exacta de la creación no es posible tener una noción exacta de Dios, y que toda noción inexacta de Dios arrastra necesariamente á profundos abismos de errores y de desórden, engaña los espíritus y pervierte las voluntades. Buscad sino en Platon, en Aristóteles, en los más eminentes filósofos del Paganismo, una explicación siquiera un poco racional de la creación, y por cierto no la encontraréis. En el fondo de todas sus teorías tropezaréis siempre con una materia primitiva, increada, que suministra al gran Artífice los materiales de sus obras, y que debe ser domada y modificada por su potencia y por su arte: de manera que siempre os veréis entre dos grandes absurdos, el de una materia eterna, como Dios, y así entre dos seres eternos en presencia el uno del otro y en perpétua lucha; ó el absurdo de la consustancialidad de la materia con Dios que la objetiva, ó más bien, que necesariamente se subjetiva á sí misma por medio de la creación. Maniqueísmo ó Panteísmo, hé aquí los dos términos de la metafísica pagana; hé aquí la alternativa en que la filosofía había dejado al mundo antes del Evangelio.

La Iglesia ha disipado estos errores con solo una palabra.

La palabra divina presentada por ella á nuestra fe nos enseña que Dios lo ha creado todo de la nada. La idea de la creación, impenetrable para la razón humana, nos ha venido, pues, del cielo, y manifiesta la soberana libertad de Dios. Traed á la memoria las creencias que dominaban al mundo pagano: en el fondo de su mitología, de sus cosmogonías, de su vida pública y privada, se encuentra siempre el destino; la fatalidad, la inflexible Némesis, un no sé qué de ciego y de necesario que se impone á la libertad humana: todos los dioses, incluso el mismo Júpiter, estaban subyugados por esa divinidad desconocida, á cuyas leyes inexorables obedecía fatalmente la creación entera. Así es, que antes del Evangelio la humanidad se cree bajo el yugo del destino, y su historia es un gran drama en el que, á vueltas con la fatalidad,

lucha en vano y al cabo sucumbe. Triste reflejo en la conciencia de los hombres del anatema á que los habia condenado el pecado original, y que pesa gravemente sobre la cerviz de los pueblos en quienes las promesas de Dios no han engendrado la fe ni hecho brotar la esperanza. Por el contrario, despues del Evangelio la libertad es la que domina al mundo. La gran emancipacion obrada por Jesucristo se ha ido realizando lentamente bajo todas las formas en la sucesion de los siglos. La fatalidad ha sido vencida cuando la cédula del anatema fué rota en el árbol de la cruz. Despues de la redencion entró la sociedad moderna en las vias de la verdadera libertad: por eso, querer resucitar hoy la libertad política de las naciones antiguas y aplicarla á las naciones cristianas, es cometer un singular anacronismo; vale tanto como retrogradar diez y ocho siglos.

Este universo creado por Dios de la nada, ha sido hecho porque él lo ha querido y cuando le ha placido, — *stat pro ratione voluntas*. Aquí brilla con todo su esplendor la libertad divina que jamás comprendieron los paganos. Investigad en los documentos antiguos las razones del origen del mundo y de la creacion, y solo encontraréis fábulas mas ó menos ingeniosas que no explican nada sino la creencia generalmente extendida de un *fatum* oscuro, cuyos símbolos son ellas: preguntad á los filósofos paganos antiguos modernos el por qué de la creacion, y de una manera mas ó menos oscura todos os responderán con la necesidad. El mundo, para ellos, es el efecto inevitable de la potencia y actividad divinas, porque Dios, que es la causa suprema siempre en accion, no puede cesar de producir, de manera que lo finito ó lo creado es una emanacion, una derivacion, una produccion necesaria de lo infinito, es decir, el mismo infinito desarrollándose ó manifestándose. Hé aquí por qué se ha dicho en nuestros dias que ni se puede concebir á Dios sin el mundo, ni el mundo sin Dios: este es el Panteismo, echado á tierra por la doctrina cristiana con esta simple frase: Dios lo ha creado todo de la nada y porque le ha placido.

Este mundo, sacado por Dios libremente de la nada, es gobernado por su Providencia. Esta palabra Providencia es tambien una palabra cristiana. No existiendo en la lengua latina en tiempo de Ciceron, se ha formado á los primeros rayos del sol del Evangelio. Y es que los paganos no conocian la idea que expresa, á saber: la libertad soberana de Dios que gobierna con su poder y

sabiduría el universo creado por ella de la nada y porque ha querido. Tal es, señores, la idea de la Providencia: poder soberano que dirige con una sabiduría infinita y que provee á todo libremente y sin necesitar de nada. Dios no está ligado por las leyes eternas de la creacion, por cuanto las ha hecho, pudiendo derogarlas y suspenderlas en casos particulares, é intervenir por medio de un acto extraordinario de su voluntad en el curso de las cosas. Hé aquí el origen de los milagros. La libertad divina, que se asienta en la cima del universo, gobernándolo todo, se une á la libertad del hombre en la direccion y administracion de las cosas del mundo; porque ha colocadó al hombre aquí abajo como su representante y delegado, y le ha dado la tierra para que la cultive. Dios, dice san Agustin, que sin nosotros nos ha creado, no puede salvarnos sin nosotros: es necesario que concurremos á nuestra salvacion por medio de nuestra libertad, no siendo bastante toda la gracia del cielo para obligarnos á ello; y esto me conduce á protestar segunda vez, como ya lo he hecho antes, en favor de la libertad de conciencia tal como la Iglesia lo entiende. Suele atribuirse á la Iglesia que obliga á creer: semejante acusacion es falsa. La Iglesia no obliga á creer; se limita á proponer lo que se debe creer para salvarse. Ella dice á todos los hombres, como Jesucristo decia á los enfermos que reclamaban su socorro: ¿Podeis creer, quierdes ser curado? *visne sanus fieri?* — Pues aquí teneis las condiciones de la salud y la salvacion: sois dueños de aceptarlas ó de rechazarlas, y podeis decir *sí ó no* al cielo ó al infierno, podeis hacer alianza con Dios ó con su enemigo: vuestra libertad os da este poder, y nadie puede forzar vuestro acto libre: sois en el fondo de vuestra conciencia soberanos árbitros entre el bien y el mal. Así, pues, al contrario del Paganismo teológico ó filosófico, que convertia la fatalidad en principio, razon y fin de todas las cosas, y que por lo mismo solo podia producir la esclavitud ó una falsa libertad, la Iglesia católica por medio de su dogma establece en el centro del universo y en todas partes la libertad para el gobierno del cielo y de la tierra: la libertad suprema y absoluta de Dios; la libertad relativa y condicional del hombre, razon por la cual ha dado al mundo la libertad verdadera.

Ahora consideraremos lo que el dogma católico nos enseña acerca del hombre, y lo que agrega con su divina luz á lo que nuestra razon puede alcanzar con sus propias luces. La doctrina cristiana nos dice acerca del origen del hombre, su naturaleza,

su ley y su fin, cosas que las otras doctrinas jamás han sabido ni podido enseñar. Y á la verdad, ¿qué es lo que sabemos naturalmente del origen del hombre? Nuestra razon no puede remontarse á él ni por la induccion de los hechos ni por los documentos de la tradicion. Reducida á sus propias fuerzas en esta materia, tiene que entregarse á hipótesis y sistemas arbitrarios, resultando de aquí opiniones falsas y teorías erróneas, cuyas consecuencias extremas conducen á falsificar la Religion, la moral y la política. Así, por ejemplo, si asentais como principio (y este principio no seria mas que una pura hipótesis) que los hombres han venido primitivamente de varios troncos y de diversos parajes de la tierra; que las diversas razas son autoctonias y exentas de relaciones por su origen, sin derivarse de una misma unidad, y sin lazos recíprocos; ¿quién nos impedirá deducir de todo esto, que una raza es inferior á otra por la misma naturaleza, y que así por derecho natural, y en virtud de la naturaleza, la una nace para reinar, y la otra para servir? Pues cuanto acabo de decir ha sido dicho por los mas grandes filósofos de la antigüedad. Y sino oid lo que ha escrito Aristóteles, el genio de la lógica, la inteligencia mas poderosa que acaso haya pensado en el mundo, Aristóteles, considerado aun por las escuelas como príncipe de la filosofía. Este príncipe de la filosofía ha escrito lo siguiente: *Unos son naturalmente libres, y otros naturalmente esclavos; la misma naturaleza lo quiere... Existe muy poca diferencia entre los servicios que presta al hombre un animal y los que le presta un esclavo*<sup>1</sup>. Hé aquí, señores, lo que el mas grande filósofo del Paganismo piensa acerca de la libertad humana. Segun él, la naturaleza ha hecho á los unos para ser libres, y á los otros para ser esclavos. Os he citado sus propias palabras, para que comprendais lo que vale la razon natural en estas elevadas materias cuando se encuentra reducida á sus solas fuerzas, y lo que seria de nuestra dignidad, de nuestra libertad y de nuestro bienestar si estuviésemos abandonados á los filósofos. ¿Y el divino Platon, esta inteligencia tan elevada, el hombre de las ideas puras, de la contemplacion sublime, el genio del espiritualismo antiguo, sabeis lo que pensaba de la esclavitud y de qué manera queria que se tratasen los esclavos? Pues oid lo que dice en su libro de las Leyes<sup>2</sup>: *Si un ciudadano mata á su esclavo, la ley declara al asesino exento de pena, con tal que se purifique por medio*

<sup>1</sup> *Polit.*, lib. II, cap. II, §§ 14 y 15.

<sup>2</sup> *De las leyes*, lib. IX.

*de expiaciones; pero si un esclavo mata á su dueño, se le impondrán todos los castigos que se estimen á propósito, con tal que...* Aquí, señores, acaso esperaréis una restriccion de humanidad, un alivio de la pena, que salve al menos la vida al infortunado esclavo; pero, al contrario, lo que sigue es un refinamiento mayor de crueldad, á saber: *Con tal que no se le deje la vida*. Hé aquí la humanidad, hé aquí la caridad de la filosofía. Con todo, no perdais de vista que al citaros estas palabras textuales de los filósofos no quiero acusar á los hombres. La filosofía es lo que yo juzgo: lo que quiero haceros ver es lo que es la filosofía, lo que suele hacer por regla general, y hasta qué punto puede llegar, ó mas bien descender, cuando reducida á las fuerzas naturales de la razon, no está iluminada por la luz del cielo.

Semejantes máximas han reinado en la civilizacion antigua hasta el establecimiento del Cristianismo y hasta que el Evangelio hubo comenzado á brillar en el mundo disipando las nubes del error con los nacientes rayos de su luz. Á la sazón, uno de los filósofos mas distinguidos de la época, escritor notable y personaje respetable en su tiempo, Séneca, que hablaba tan bien y á las veces obraba tan mal, segun se dice, el filósofo Séneca fue el primero entre los paganos que osó escribir esta frase: *Inter nos cognationem quamdam natura restituit*; la naturaleza ha establecido entre nosotros alguna relacion de familia, una especie de parentesco. Semejante concepto fue considerado por sus contemporáneos como muy atrevido. Despues de Séneca, afirma tímidamente el juriconsulto Florentino que la esclavitud es una institucion del derecho de gentes contra la naturaleza, *contra naturam*; y el célebre Ulpiano, despues de algunos siglos de Cristianismo llegó á decir las siguientes palabras: — *Quod ad jus naturale attinet, omnes homines aequales sunt. — Jure naturali omnes liberi nascuntur*. ¿Quién ha destruido, señores, estos errores monstruosos, tan degradantes para la humanidad? La doctrina cristiana, que enseña que todos los hombres tienen el mismo origen, que descenden de los mismos padres, y que el alma de todos los hombres ha sido creada por Dios. Como todos tienen el mismo padre en el cielo y en la tierra, todos son hermanos, todos tienen una misma naturaleza é iguales derechos, estableciéndose de esta suerte en la tierra la confraternidad de todos los hombres y de todos los pueblos, como consecuencia necesaria de esta gran verdad de que todos tienen el mismo origen. Pero era preciso que el mismo Dios bajase á la

tierra á anunciar esta verdad, que jamás hubiera sido conocida sin la revelacion. Sin la palabra revelada, se hubiera perpetuado en el mundo la abominacion de la esclavitud con la superioridad natural de ciertas razas y las preocupaciones establecidas por los filósofos de que nacen hombres destinados á ser esclavos, y que la esclavitud es de derecho natural. Por estos ejemplos veréis hasta dónde llegan las consecuencias extremas de principios erróneos, y como la esclavitud y la degradacion humana pueden encontrarse al cabo de una mala doctrina filosófica.

Segun el dogma cristiano, teniendo todos los hombres un mismo origen, tienen la misma naturaleza. Y ¿cuál es esta naturaleza? La filosofía pagana no ha sabido decirnoslo; el dogma cristiano es el que nos lo ha enseñado. El hombre es un compuesto de dos sustancias, espiritual la una y material la otra: estas dos sustancias unidas por medio de la vida constituyen la naturaleza mista que se llama humanidad, y esta naturaleza, compuesta de dos elementos, de dos partes tan diferentes, se reasume en la unidad de la persona humana: por lo tanto el hombre ni es un animal ni un espíritu puro, no conviniéndole las leyes del espíritu puro así como tampoco ni las de la animalidad pura. De manera que, si como Platon, hacemos al hombre una pura inteligencia, y queremos gobernarle como tal, le arrojamos fuera de su camino, y nuestras especulaciones, por sublimes que sean, irán á parar á una moral falsa y á una política detestable. Tal fue el origen de los errores de Platon. Si, como Epicuro, hacemos al hombre un animal, y le tratamos en este concepto, pervertimos mas aun sus caminos envileciéndole y degradándole. Y hé aquí los errores ignominiosos del materialismo. La sana moral, la buena política son, pues, corolarios del conocimiento verdadero del hombre y de la idea exacta que se tenga de su naturaleza. El dogma cristiano nos ha comunicado esta idea dándonos una explicacion exacta del hombre, y haciendo por lo mismo un inmenso servicio á la filosofía y á la sociedad: nos ha enseñado lo que somos en nuestra naturaleza íntima, en nuestra humanidad, y al colocarnos en nuestro justo lugar y categoría nos ha preservado, así de la exaltacion del orgullo, como de la bajeza del envilecimiento. Por medio de las dos partes esenciales de nuestra existencia nos ponemos en contacto con todas las cosas, nos comunicamos con el universo y con Dios; con las inteligencias por medio de nuestro espíritu; con la materia y el mundo sensible por medio de nuestro cuerpo. Merced á

su naturaleza, el hombre es una especie de mediador entre el reino del espíritu y el de la materia; y hé aquí por qué el Verbo divino, que debia de ser mediador universal y reunir todo lo que estaba dividido reconciliando el cielo con la tierra, se dignó tomar la naturaleza del hombre y revestirse de su forma para cumplir su alta mision: hé aquí cómo el Evangelio nos enseña la grandeza de nuestra naturaleza y levanta nuestra dignidad. En la asociacion, en la union de las dos sustancias que constituyen esta naturaleza existe jerarquía y funciones propias de cada una en razon de su índole especial. El alma debe dirigir al cuerpo y gobernarle, porque es inteligente y libre: el cuerpo debe obedecer y ejecutar las órdenes del espíritu, porque es ciego é inerte. Así es, que en todo lo que sois, y en todo lo que haceis, por cuanto sois hombres, deben tener parte los dos elementos constitutivos de la naturaleza humana; como jefe el alma inteligente y libre, y el cuerpo como instrumento por medio del cual obra ella sobre el mundo material para cultivarle, modificarle y gobernarle.

Si tenemos el mismo principio y la misma naturaleza, tenemos tambien la misma ley. Así nos lo enseña la doctrina cristiana. Como tenemos el mismo padre, todos somos hermanos, miembros de la misma familia, segun el espíritu y la carne; y como hermanos, tenemos los mismos derechos en la familia y ante nuestro padre comun. Estamos, pues, todos sometidos á una misma ley, la ley de la familia humana que se deriva de la relacion esencial de la humanidad con Dios; y todos somos iguales ante Dios en virtud de nuestra naturaleza y segun la ley divina. Digo en virtud de nuestra naturaleza, y no de nuestras facultades, potencias, fuerzas, posicion exterior y otras varias circunstancias de este mundo, porque todas estas cosas varian hasta lo infinito en la multitud de los hombres, en tanto que la naturaleza permanece siempre la misma. De aquí, señores, la igualdad ante la ley política y la ley civil como consecuencia necesaria de la igualdad ante la ley divina. Aquí hay que distinguir con sumo cuidado la igualdad de derecho de la de hecho: la primera, que corresponde á la igualdad de naturaleza, subsiste como ella en medio de la multiplicidad de desigualdades sociales, por cuanto estriba en el poder concedido á cada uno de adquirirlo todo, y de ninguna manera en la distribucion igual de todo á cada uno. Por donde se ve que el dogma católico ha enseñado á la sociedad moderna la doctrina de la verdadera igualdad.